

Del nihilismo al anarquismo



El catolicismo de algunos católicos se *ha renovado ampliamente, y esto lo observa cualquiera al echar una ojeada a nuestro ambiente religioso español.*

Ambiente que ha cambiado en estos últimos años a velocidad de vértigo, si bien quedan restos del nacionalcatolicismo ultraderechista y hay una buena cantidad de gente todavía que no ha calado suficientemente en esta transformación.

Pero el hecho del cambio está ahí, aunque tengamos muchos motivos para criticar algunas, o muchas, de sus manifestaciones. Y entre las versiones más modernas y nuevas de este cambio está la de algún convencido cristiano que quiere seguir la mejor tradición de este anarquismo educador y no-violento, que también fue una clara constante de nuestra historia religiosa o no religiosa. No hay más que recordar en nuestro Siglo de Oro al famoso Juan de Valdés, el crítico de la Iglesia-institución, o la corriente tan mal interpretada de los "alumbrados", igualmente ocurrida en el siglo XVI, o —incluso hasta cierto punto— el inconformismo de los jansenistas españoles, que se atrevieron a criticar nuestros catecismos —como el del padre Ripalda—, que resumían la cerrada teología antiprottestante y de estructura piramidal de la Iglesia, propugnada por el Concilio de Trento, corregido y aumentado por nosotros en estos libros básicos para la formación de los católicos españoles. Y nada se diga de esa espiritualidad personalista de los erasmistas, que se difundió entre muchos pensadores eclesiásticos y seglares.

En la parroquia de la Ciudad Universitaria se están haciendo célebres ahora los ciclos de conferencias —a veces con masiva asistencia de estudiantes— que se organizan desde hace pocos años, y que podríamos decir que enlazan con estas corrientes inconformistas tradicionales. Este curso se ha titulado —un poco pomposamente— con el nombre de I Simposio sobre "Significación científica del hecho religioso", y en él intervienen, por parejas, un creyente y un no creyente (o al menos apartado de la comunión eclesial), tratando de un mismo tema cada día bajo esa diversidad de posturas religiosas.

El primer encuentro —que la gente esperaba con profunda curiosidad— estuvo protagonizado por un nihilista apartado de toda creencia religiosa al uso —Fernando Savater— y por un anarquista cristiano —Carlos Díaz—. El tema, por demás interesante, se titulaba "Poder y religión".

La lástima fue que el contenido de las intervenciones profesionales no estuvo —en mi opinión— a la altura de las expectativas ni de las personas que hablaron. El chispeante Savater cogió por los pelos

la leyenda de Job, y nos presentó —con su conocido inteligente desenfado— un cuadro jocosocaricaturesco del diálogo entre Dios y su siervo doliente, que más tenía de "comic" que de realidad bíblica. En cambio, Carlos Díaz pecó de excesivamente serio y envarado en su exposición, que, para colmo de penas, leyó monótonamente y sin ahondar bastante en lo mucho que él sabe y ha reflexionado sobre la cuestión.

Pero subió de calidad el diálogo posterior —lo mismo con los asistentes que entre los ponentes— al enfrentarse más o menos amablemente los dos interlocutores principales, que, a pesar de la proximidad aparente de posturas, difieren grandemente en casi todo.

El punto principal de divergencia estaba en la interpretación de esa figura religiosa compleja y llena de vida que —como modelo de creyentes— es el legendario personaje del Antiguo Testamento, el edomita Job, que era, curiosamente —en un rasgo precursor de aperturismo—, un pagano canonizado en el Libro Sagrado por los celosos y sectarios israelitas de entonces.

Job es el paciente, el que es aplastado, según Savater, por el poder de Jehová, el Dios de Israel. Olvidando, sin embargo, que ya nadie científico llama por ese anticuado nombre de Jehová al Yavé del Exodo, el personaje central del libro de la religión liberadora y ni complaciente ni resignada. Job es más bien todo lo contrario de esa figura retorcida y hundida en la resignación que se nos ha presentado y que se sigue proponiendo equivocadamente, como si fuese el personaje modelo ante el sufrimiento.

No, Job fue el más valiente inconformista, al mismo tiempo que el más profundo creyente en el misterio religioso de la divinidad. Por eso se atrevió a interpelar continuamente a Dios, a luchar con él osadamente, a decirle sin eufemismos lo que pensaba humanamente de él. Y Yavé no le recrimina por ello, ya que, al final de todos sus grandilocuentes discursos, declara que los tres "piadosos" amigos de Job fueron "los que no hablaron bien de mí"; pero reconoce, sin embargo, que —en medio de sus violentas y sinceras expresiones— Job sí habló bien y por eso le considero, a pesar de ello, "mi servidor".

¿Por qué este juicio favorable de Yavé? Porque el Dios de la Biblia no es hacedor de hombres pacatos ni encogidos, sino de seres humanos luminosos que saben decir al pan, pan, y al vino, vino; que no esconden las faltas del mundo presente y que no presentan por eso a un Dios de pacotilla que tiene siempre la boca llena de dulces frases edulcorantes de la realidad. Es el Dios del Evangelio, que no es ningún bonachón, sino un verdadero comprome-

tido, cuando dice: "La verdad os hará libres". Yavé resume, por ese motivo, su sorprendente intervención en favor del discutido Job con esta lapidaria frase: "Mi siervo Job habló con verdad de mí".

Dos grandes pensadores católicos; un biblista, monseñor Straubinger, y un gran escritor, como fue el padre Lippert, han sido los mejores conocedores de esta figura tipo del hombre religioso recio, que no esconde jamás la cabeza debajo del ala, y que se llamó Job.

Otro punto de interés fue el señalado por Savater afirmando que Dios no era nada sin el hombre, pues necesita el Yo siempre un Tú para afirmarse en sí mismo. De acuerdo; pero se olvidó de reconocer que el cristianismo ha desarrollado esta idea en la concepción paradójica del Dios-Trinidad: en donde un Yo y un Tú se hacen, además, un Nosotros en el llamado Espíritu Santo. La gran enseñanza autogestionaria —o mejor dicho, anarquista—, llevada a la entraña de la última realidad, es la de esta Trinidad en la Unidad, en la cual el Poder (el Padre) se hace igual al fraternal (el Hijo), y conviven entre sí en el Amor (el Espíritu Santo). El Único de Stirner es el Nosotros del apoyo mutuo de Kropotkin.

Como dijo Carlos Díaz: El poder siempre existe, pero lo malo es que se encuentra centrado siempre, por lo general, en la institución religiosa o civil, cuando debería estar preferentemente en el pueblo, y, a través de él, vivir sin coacción —física ni psíquica— a todos los niveles, siempre de abajo arriba y no al contrario.

La religión así sabría aliar la dependencia de lo divino con la más absoluta liberación, porque esa dependencia es sólo aparente atadura, porque sólo le ata a lo abierto, a lo absoluto del porvenir, y no a lo pequeño de lo presente ni del sectarismo de los poderes mundanos encarnados en hombres o en instituciones. Y eso no es, por tanto, verdadera atadura, sino que debe ser expansión y desarrollo humanos, aunque demasiadas veces haya sido, de hecho, lo contrario. Así la religión cristiana sería algo muy distinto de esas religiones absorbentes y aplastadoras de lo humano. Es —o mejor, debía ser— un "impulso creador" y la "fuerza de nuestra fuerza".

El nihilismo del uno y el anarquismo del otro conferenciante fueron estimulantes de todas las superaciones de la alienación en que el hombre se ha visto envuelto por el poder civil o por el religioso, tal y como ha sido históricamente. ■